

E ENTREVISTA A CARLOS PINTO GROTE. POETA "EL DÍA QUE PIERDA LA CABEZA, ME MORIRÉ"

NAIMA PÉREZ

"Estoy algo acatarrado, qué le vamos a hacer". Carlos Pinto Grote se disculpa antes de empezar esta entrevista. Su manera de hablar está plagada de adverbios con los que busca ensalzar el significado de sus palabras. La casa roja de este psiquiatra jubilado, amante de las letras, fue lugar de pensamiento de muchos jóvenes universitarios, en los que bullían las ganas de hacer Cultura, con mayúsculas.

Naima Pérez: ¿Qué tal lleva sus años?

Carlos Pinto Grote: Tengo 87, pero como dicen aquí, en La Laguna, estoy dentro de los 88, porque son los que estoy viviendo. La longevidad no es de familia, desgraciadamente, porque mi padre, mis abuelos y mis tíos murieron jóvenes, con lo que yo tengo suerte por tener esta edad. La cabeza sí la tengo bien; el día que la pierda me moriré al día siguiente, seguro, pero hasta la fecha me funciona. Tengo buena memoria, me gusta la literatura, soy un curioso de todo y, la realidad, es que la cabeza sirve para pensar, leer, hacer poesía, escribir y otras cosas.

N.P.: ¿Sigue usted escribiendo?

C.P.G.: Sí, sigo escribiendo.

N.P.: ¿A mano?

C.P.G.: Sí, escribo a mano y de pie.

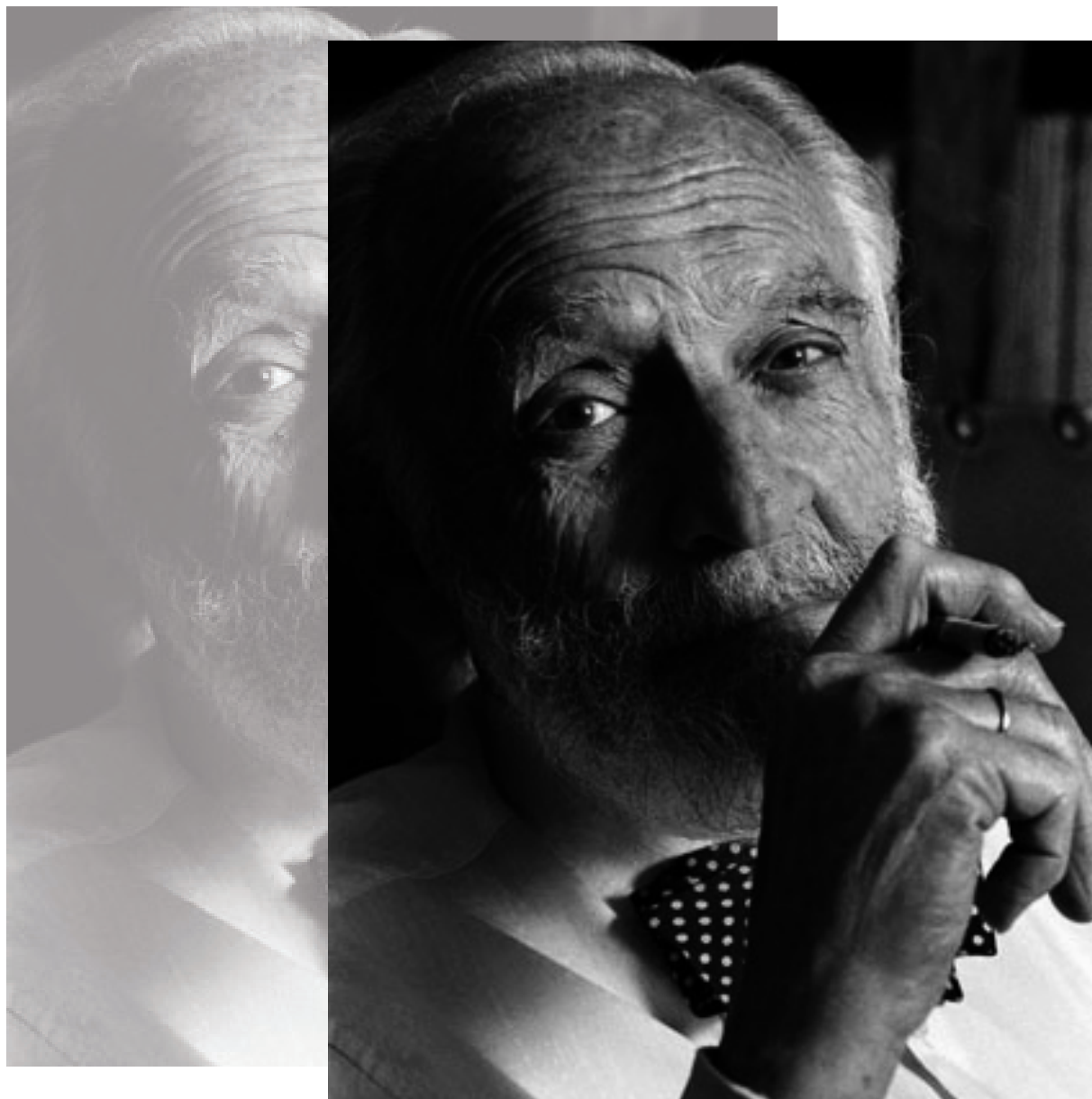
N.P.: ¿De pie?

C.P.G.: Sí, porque tengo un sitio para eso: es una habitación muy pequeña, donde tengo mis ropas y mis cosas, y allí escribo a mano. Eso no quiere decir que no tenga otros sitios para escribir y que lo pueda también hacer sentado,

pero generalmente escribo de pie.

N.P.: Hay estudios que asocian la longevidad al estrés, a personas que en su vida han tenido que superar adversidades, en vez de tener una vida tranquila y sedentaria...

C.P.G.: Bueno, mi vida ha sido enormemente rica. Primero estuvo la Psiquiatría, a la que dediqué 48 años, hasta que me jubilé con 65, la edad con la que teníamos que jubilarnos obligatoriamente. Yo era entonces gerente del Psiquiátrico. Esos 48 años los pasé en calidad de psiquiatra y no de loco, aunque al fin y al cabo uno se contagiaba un poco de la locura y eso era bueno para mí, porque podía entender mejor a los enfermos.



N.P.: Está muy pendiente de todas las novedades culturales...

C.P.G.: Sí, sí. Cuando me jubilé como psiquiatra me dediqué íntegramente a hacer cultura en todo lo posible. Por ejemplo: tenemos la Tertulia de Nava, en la que estamos Daniel Duque, Antonio Álvarez de la Rosa y yo, y llevamos ya 10 años haciéndola. Por otra parte, tenemos el grupo Poemus, en el que está Fernando Senante y Rubén Díaz, en el que nos dedicamos a hacer poesía y a dar recitales con música. Es una forma de hacer cultura, porque vamos a muchos pueblitos de Tenerife y de La Gomera, Fuerteventura... Hacemos una acción pública cultural, sin cobrar un céntimo, naturalmente, que nos llena de seguridad en nosotros mismos. De esa forma estamos llevando a la gente hacia un mundo cultural que es, en mi opinión, una de las cosas más importantes que un hombre puede hacer.

N.P.: Conoce los entresijos de la mente humana, ¿por eso dicen de usted que es alguien equilibrado?

C.P.G.: Bueno, quizá yo pueda decir que me ha ayudado más la cultura y los libros de cultura que los de psiquiatría para el desarrollo de la propia psiquiatría.

N.P.: El equilibrio emocional, el tener unas relaciones sentimentales equilibradas, ¿influye en que vivamos más tiempo?

C.P.G.: Bueno, usted piense que yo llevo casado 62 años con Delia y estoy igualmente enamorado de mi mujer que cuando nos casamos en 1948. Tenemos hijos e hijas, tenemos nietos y nietas, que tienen una gran relación conmigo. Por ejemplo, yo escribo a mano, pero todo lo que escribo se lo doy a mis nietas, que funcionan maravillosamente con el ordenador. Ellas me lo pasan y yo ya lo tengo preparado para leerlo o para publicarlo.

N.P.: ¿Su mujer sigue corrigiéndole los textos?

C.P.G.: Mi mujer sigue leyendo todo lo que yo escribo, porque se lo leo yo, y me corrige muchísimo. En ese sentido, me ayuda profundamente a estar más en contacto con el mundo; no soy un escritor que escriba sólo para sí o para decir lo que siente. Tengo la cosa de que Delia me lleva un control muy exacto de lo que escribo, con lo que su ayuda es magnífica y no se puede pagar.

N.P.: El secreto de un amor tan duradero es...

C.P.G.: Muy sencillo: porque nos queremos; hemos sido unas personas que nos hemos amado y nos seguimos amando.

N.P.: ¿Cómo se conocieron?

C.P.G.: Como se conocía la gente jovencita: paseando por la plaza de La Constitución, en Santa Cruz. Yo pasaba por una casa donde ella se asomaba a la ventana, pero no era su casa, sino la de unas amigas. Luego teníamos una relación constante en el Club Náutico, porque íbamos allí a bañarnos y a jugar al tenis. Primero fuimos amigos, pero casi enseguida nos hicimos novios. Después yo me fui a estudiar Medicina a la Península, porque aquí no se podía aún. Tengo una enorme cantidad de cartas dirigidas a Delia y de Delia hacia mí durante el tiempo que estuve fuera. Venía en los veranos a hacer el servicio militar y nos veíamos, pero en invierno no, porque la realidad es que no había sino barcos para viajar y era difícil que fuera ella para allá, además de que no la dejaban, naturalmente. Y venir a la Isla eran cinco días en barco, en el Villa de Madrid, desde Cádiz a Tenerife, y no podíamos hacerlo, porque no teníamos perras.

N.P.: ¿Le pesan los años?

C.P.G.: Los años me pesan, sí.

N.P.: ¿En qué sentido?

C.P.G.: En el sentido de que son muchos (risas) y la realidad es que yo me encuentro viejo, como es lógico y natural. Eso no quiere decir que yo no intente llevar una vida, no de joven físicamente, porque eso es imposible, pero sí lo suficientemente buena como para poder salir, estar con amigos, ir a pasear a La Laguna o a Santa Cruz, viajar... algo que hice mucho cuando era joven...

N.P.: ¿Cuál fue el último viaje que hizo por placer?

C.P.G.: Fui a Berlín, hace cuatro años, es una maravilla de ciudad. Lo pasamos estupendamente bien en los diez días que estuvimos. Desde entonces no viajo, ni siquiera a Las Palmas, porque se me fue el amigo que yo más quería, que era Pedro Lezcano. Cuando se muere Pedro (2002) dejo de ir allá.

N.P.: ¿Tiene miedo a la muerte?

C.P.G.: No, en absoluto. Creo que la muerte es un momento más que uno tiene que vivir. La muerte se vive un poco, pero no es de uno mismo, sino de los demás. Son los demás los que se llevan el disgusto. Uno no se disgusta por morirse. Además, la muerte es una experiencia única (risas).

N.P.: ¿La situación de crisis provoca que personas con dificultades económicas

sean más propicias a tener problemas mentales?

C.P.G.: Sí, sin duda, porque es muy difícil vivir sin trabajar, y el trabajo, ahora, no está en ningún lado. La gente no tiene un sistema de sustento y eso es algo que puede romper totalmente la armonía de la persona. Es como si usted me dice a mí que mañana pierdo la forma de escribir, porque me quedo parálítico de las manos, o mudo, o sordo, o ciego... el perder la capacidad de poder hacer algo tiene que ser espantoso y creo que la crisis es algo profundamente negativa para el hombre y la mujer, porque se encuentra con la falta total y absoluta de su poder. Eso es terrible, y yo pienso que hay mucha gente que no puede aguantarlo y que pierde la vida.

N.P.: ¿Cómo esquivó un progresista y republicano como usted la represión franquista?

C.P.G.: Bueno, yo viví la represión. En mi casa se hacían unas reuniones con estudiantes de la Universidad y estaba vigilada por la Policía. Yo fui procesado por el Tribunal de Orden Público en esos momentos, porque pensaban que esas reuniones podían ser antifranquistas, cuando no eran antinada, sino unos encuentros de gente joven que hacía cultura. Un detalle: una vez invitaron a don Enrique Tierno Galván a dar una conferencia. Yo era entonces presidente del Círculo de Amistad. En el Ateneo de La Laguna no tenían dinero y me dijeron que si no me importaba que Tierno diera la conferencia en el Círculo, porque allí teníamos perritas y podíamos pagarle. Yo había pedido permiso para esa conferencia y me lo dieron, pero después prácticamente me lo negaron. Por eso me quisieron meter en la cárcel; gracias a un juez que había aquí, que era republicano y que me ayudó, no fui a prisión. Otro ejemplo de esa represión es que no me dieron el pasaporte en muchos años y no pude viajar hasta 1965. Estaba vigilado, pero eso no fue ningún problema para mi vida, porque nunca me metí en política.

N.P.: ¿El hombre es bueno por naturaleza o es un lobo para el hombre?

C.P.G.: El hombre se hace malo por la vida que tiene que llevar, por la sociedad y el sistema en que vive. Pero nace bueno y la educación tiene una importancia enorme; esa educación que recibe en su familia y con sus amigos es esencial. Es muy importante lo de los amigos, eso lo tiene que anotar usted; lo más importante de una persona son sus amigos. Si tiene malos amigos, mal asunto.

N.P.: Hace algún tiempo lo invitaron a la inauguración de un bar de La Laguna. ¿Cómo se lleva con los jóvenes?

C.P.G.: Muy bien. Maravillosamente. Me voy al Café 7 y lo paso estupendamente con la música y la gente que va allí, que es muy joven. Se reúnen, hacen sesiones de poesía...

N.P.: ¿Está a gusto en ese ambiente?

C.P.G.: Enormemente alegre y convencido de que cuando estoy allí estoy viviendo más.

N.P.: Dicen también de usted que es un sibarita...

C.P.G.: Bueno, me gustan los buenos whiskies, el buen tabaco... todo vicios, pero me gustan, y además sigo funcionando con ellos. Y ahora me voy a buscar la pipa para fumar un ratito...

N.P.: Premio Canarias de Literatura, Hijo Predilecto de La Laguna y Adoptivo de Santa Cruz, entre otras muchas condecoraciones...

C.P.G.: Sí, y tengo también algo, para mí importante, que es el Teide de Oro (de la Cadena SER), un premio de toda Canarias que me encantó. Todos esos premios son bondad de los demás. Yo no tengo tantos méritos, son los demás los que me han ayudado. No creo en mis méritos.

N.P.: ¿Por qué?

C.P.G.: Porque yo lo que he hecho es trabajar con gusto y eso no es para tener méritos, ni mucho menos...

N.P.: Usted manifestó en una ocasión que a las personas distinguidas en las Islas con el Premios Canarias no se las había aprovechado bien...

C.P.G.: Sigo pensando lo mismo exactamente. Podían habernos aprovechado no sólo en conocimientos, sino sencillamente en actos, lugares públicos, en el propio sistema de pensamiento. ¿Qué piensa usted, por ejemplo, sobre esa casa tan fea que se acaba de construir? Se construye una casa horrible y no le han preguntado a un arquitecto, que al mismo tiempo sea Premio Canarias, si está bien o está mal, o a mí, que soy un hombre al que le encantan las artes. Nos dan el premio y así se quedó todo.

N.P.: ¿De dónde le viene su vínculo con la comunidad inglesa?

C.P.G.: Sí, bueno, yo viví en Inglaterra bastante tiempo. Siempre me ha parecido

un país muy coherente, muy bien organizado, donde la cultura está en su sitio y se protege enormemente. He hecho unos 30 viajes a Inglaterra en toda mi vida.

N.P.: Entonces, habla inglés...

C.P.G.: No, lo hablo mal. Hay dos cosas en mi vida que tengo siempre como algo negativo: una es que no hablo el inglés tan bien como debería y otra es no saber tocar el piano. A mí la música me gusta extraordinariamente. Cuando era joven tuve una maestra que me enseñó música y a tocar un poco el piano, pero no seguí por ese camino, lo cual me ha fastidiado horriblemente, porque no hay nada que más me gustaría que poder tocar el piano, a Gershwin, por ejemplo.

N.P.: La música clásica...

C.P.G.: La música de los años 40 me gusta muchísimo y por eso voy muchas veces al siete (Café 7) porque allí va una muchacha, Emma, que canta maravillosamente bien las canciones de la época mía, de juventud, y me gusta mucho.

N.P.: ¿Cómo ve la política que se hace en Canarias hoy día?

C.P.G.: La política que se hace, no sólo en Canarias, sino en cualquier sitio, me parece una forma de ver el mundo con la que no estoy conforme. Que manden unos cuantos no es algo que me interese. A mí me interesaría que esos cuantos estuvieran siempre protegidos por el pueblo y que éste fuera el que dijera la última palabra. Por ejemplo: abrir una calle. ¿Quién manda a abrir una calle? El Ayuntamiento, pero éste no le pregunta a las personas que viven allí por dónde debe pasar esa calle, o si debe abrirse o no, con lo cual no me interesa. Muchas veces no se dan razones, además. O por ejemplo, algo que me parece una tontería como la copa de un pino, es la intención de abrir, como van a hacer, una vía de tren para ir al Sur. Eso es una locura. ¿Por qué un tren en una isla como la nuestra donde los coches y las guaguas funcionan perfectamente? ¡Si tenemos ya un tranvía estupendo que es una maravilla! Eso sí lo entiendo, pero no entiendo que mañana me pongan un tren para ir a Chío.

N.P.: ¿Qué opina del nacionalismo canario?

C.P.G.: Ah, me parece una tontería que se diga nacionalismo canario, porque creo que todos los hombres somos nacionalistas desde que nacemos. ¿O es que el santanderino, el madrileño, el valenciano o el balear no se sienten nacionalistas?

N.P.: Me refería más al nacionalismo como partido político. ¿Qué le dice la

corriente independentista que existe en las Islas?

C.P.G.: No, de independencias nada. Dejémonos de boberías; nosotros no podemos ser independientes porque no tenemos la fuerza económica suficiente para ello. Si usted me dice que mañana aquí, en alguna isla, hubiera una fábrica de automóviles, empezariamos a hablar de otra manera, pero eso no es así. Aquí no tenemos una industria para ser independientes y la agricultura no da para eso.

N.P.: ¿El último libro que compró?

C.P.G.: *El último encuentro*, de Sandor Marái. Y es un libro maravilloso.

N.P.: ¿Y cuál está leyendo ahora?

C.P.G.: Ahora estoy releendo *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, un libro que va sobre la vida en la Alemania del siglo XIX.

N.P.: ¿Ve la televisión?

C.P.G.: Sí, veo películas, reportajes, aquellos que tienen un sabor didáctico. Creo que debería haber más literatura en la televisión.

N.P.: ¿Sigue las noticias?

C.P.G.: Sí, bueno, pero me gusta más la radio, oírla y hablar por la radio.

N.P.: Fue usted el primer presidente de la Asociación Canaria de Amigos del Pueblo Saharaui. ¿Qué opina sobre la situación que vive este pueblo en estos momentos?

C.P.G.: La conozco y me duele enormemente, porque ese pueblo no se merece lo que está pasando. Han sido treinta y tantos años de verdadera crujiá, de verdadero mal para un pueblo que tenía una independencia y funcionaba muy bien. La comunidad internacional no interviene porque se le tiene miedo a Norteamérica, que protege enormemente a Marruecos, al que es prácticamente imposible tocar por esa presión que ejerce Norteamérica con los árabes. Marruecos es un muro que no deja pasar el islamismo, quizá por eso, pero la realidad es que la situación está fatal. Yo estoy disgustado con lo que está pasando con los saharauis, que son un pueblo de verdad, no una parte de Marruecos. Son y deben ser independientes.

N.P.: ¿Cómo se siente ante el avance de las nuevas tecnologías de la comunicación, ante el mundo de internet, por ejemplo?

C.P.G.: Soy un ignorante total. No le puedo contestar otra cosa.

N.P.: ¿Ha oído hablar de las redes sociales, de Facebook?

C.P.G.: No, no me suena nada. Creo que el avance es maravilloso y el ejemplo que tengo está en mis dos nietos y mis dos nietas, que funcionan bien con internet.

N.P.: Con esa curiosidad que usted tiene para todo, ¿no le llama la atención aprender a usar internet?

C.P.G.: Yo no sirvo para eso, porque soy muy bruto. Sí, sí, ponga ahí que soy muy bruto para eso.

N.P.: ¿Qué le parece que se haya eliminado la ch y la ll del abecedario español y se haya cambiado por ye el nombre a la i griega?

C.P.G.: Pues una idiotez, porque el lenguaje hay que dejarlo que evolucione solo, no tratar de hacerlo evolucionar. Me parece muy bien que el pueblo diga ye, pero que lo digan unos señores y el pueblo tenga que obedecerlos ya no me parece bien.

La Opinión de Tenerife. 21 de noviembre de 2010.